

EL DÍA DE LA BANDERITA

En cuestión de banderas los españoles somos muy poco originales. Los republicanos – los viejos roqueros nunca mueren- se limitaron a cambiar un color del trapo nacional por aquel de la paleta más parecido. La república se quedó así en una monarquía desteñida. El morado es al bermejo - “salid *rimas* huyendo”- como el fluido sanguíneo a un fuerte puñetazo en el ojo. Podían haber pintarrajeado la tela del “Todo por la patria” con un arco iris de vistosos colores tropicales. Sin embargo, la tradición ata siempre incluso al revolucionario. No se quiso borrar del todo al Borbón. El futuro no puede desprenderse del pasado porque el lazo del presente se halla aún muy bien anudado. Otro tanto podríamos decir de los sedicentes catalanes catalanes. La cuatribarrada, antes prohibida, no es sino una rojigualda doblada. Poco agresiva, hoy nada trasgresora. Y para evitar confundirse con la España de Cervantes (que tantos elogios prodiga a la ciudad, con perdón, condal), los secesionistas adicionan ahora una estrella a su bandera histórica. Curiosa manera de hundirse en las raíces de un pueblo cuya pretensión es quedarse en los tiempos medievales. Suele decirse que las naciones sin historia son felices. Tal vez valdría más decir que la dicha procede de su olvido. Los vascongados, cuya presunción “errehachenesca” consiste en poseer una lengua con un padre desconocido, tienen tan olvidada su historia antiquísima que la precisan inventar con mitos y leyendas igual que se rellena un muñeco con la paja. Estos chicarrones del norte, bañados con el chirimiri, se fueron un día a buscar a un sastre para cortar y confeccionar esa hinchazón cromática del orgullo biológico. Y, como era nueva, les salió tan bien como al obispo Ulfilas adaptando el abecedario latino a las gruesas cabezas teutonas. Bien está que los

países paseen su palmito luciendo en las pasarelas sus vestidos floreados. Nada hay más gozoso que ver alzar en el podio nuestro símbolo textil cuando un velocista patrio devora los metros aunque nosotros no podamos saltar de la cama. ¡Podría ser mi hijo! - pensamos, si ese atleta no fuera el hijo de un inmigrante negro. Pero el problema viene cuando en vez de la tela de marras se usa el palo del mástil para provocar chichones en aquella parte del cuerpo con la cual algunos tienen las ideas. El nacionalismo es la apendicitis de la nación. Todos tenemos esa cosilla, pero no molesta hasta que nos enteramos que existe. Y puestos a buscar la paz entre los hombres quizás la mejor bandera sería la blanca, pues no teniendo colores nos muestra el rubor de preferir la patria a la libertad, la justicia y la fraternidad. En suma, los derechos del hombre.

Pablo Galindo Arlés
26 de octubre de 2018